

por sí, tienen unidos tanto peso, que ya no es permitido poner en duda la doctrina de la Iglesia, y mucho menos combatirla; y debe á todo trance sostenerse que el cuerpo humano fué formado inmediatamente por Dios del polvo ó del lodo, y el mismo Dios le infundió un alma racional. Si los ángeles sirvieron ó no al Señor remotamente, sea reuniendo el polvo ó modelando una estatua con figura de un cuerpo que Dios no habia aún dotado de órganos, ni hecho humano, ni dispuesto para recibir el alma, no nos toca definirlo, y dejamos que los Teólogos resuelvan esta y otras cuestiones que suelen proponerse sobre esta materia (1.)

Después de tantas pruebas todavía podemos dar mayor firmeza á nuestra proposición valiéndonos de un principio de la doctrina contraria. Suponen los transformistas al hombre como nacido de los brutos, completamente ignorante y rudo, y aprendiendo é inventando después poco á poco y con gran trabajo las artes y las ciencias; pero es opinión común de los Teólogos, y única sostenible, que Adán fué enriquecido desde su principio con ciencia perfecta, como se colige de la Escritura (2) y de los Santos Padres (3), y como convenia al cabeza, padre y maestro del naciente género humano; luego los delirios transformistas no se avienen con la doctrina de la Iglesia (4).

Tal vez objetará alguien en contra. 1.º Si el cuerpo de Adán no salió por evolución de las especies inferiores ó por generación de algún género de animales, debió ser criado por Dios. Mas esto no se puede realmente admitir,

(1) V. Suarez, de *Opere sex dierum.*, lib. 3, cap. 1.

(2) V. *Genes.*, cap. 2, v. 19; *Eccli.*, cap. 17, v. 5.

(3) V. Euseb. de *Praepar. evang.*, lib. 1, cap. 4; Crysost. homil. 14 in *Genes.*; S. Tom., 1 p. quaest. 93, art. 3; de *Verit.*, quaest. 18, art. 2 et 4; 2.º dist. 23, art. 2; S. Buenavent., 2.º dist. 23.

(4) V. Suarez, de *Oper. sex dierum.*, lib. 3, cap. 9 et 10; Valencia in 1.ª part. disp. 7, quaest. 2, punct. 1; Benedict. Pereira, in *Genes.*, cap. 2, v. 19, etc.

pues crear significa producir algo de la nada, y el cuerpo de Adán, según nuestra misma confesión, no fué sacado de la nada... La respuesta es facilísima. Negamos la mayor, porque entre la evolución ó la generación beluina y la creación hay un medio, es decir, la acción divina, presupuesta la materia. Pudo ciertamente Dios criar de la nada el cuerpo humano, pero prefirió formarlo del lodo ó del polvo.

Podrá alguno replicar. 2.º Esta cuestión tan agitada entre los transformistas sobre el origen de las diversas naturalezas, es completamente científica y debe resolverse, por tanto, con argumentos científicos, dejando á un lado la doctrina de los Santos Padres y de las Sagradas páginas.

Además, todas las razones de los Santos Padres y de la Escritura se fundan y estriban en las palabras: *Formó Dios al hombre del limo de la tierra* ú otras semejantes. Ahora bien, aunque el cuerpo humano hubiese ido formándose poco á poco por evolución, podría sin duda alguna decirse haberlo Dios formado del lodo, si, hecho primero de lodo y cooperando Dios, hubiera por transformación sucesiva llegado á ser cuerpo humano; luego no es imposible conciliar la doctrina de la Iglesia con los progresos y decretos de la ciencia. Así vemos también que al interpretar y explicar los días genesiacos, los descubrimientos paleontológicos y de otras ciencias naturales, han sido parte á que, comúnmente, aun entre los mismos católicos, se dé á la palabra *dia* una significación mucho más lata, que expresa un tiempo indeterminado ó un período de tiempo.

Contestaremos. 1.º No hay cuestión alguna científica que, si se roza con alguna doctrina contenida en el depósito de la fe que toca á la Iglesia custodiar, pueda resolverse libre é independientemente prescindiendo de la enseñanza de esta Maestra soberana (1). Razon por la cual negamos

(1) Véase sobre esto el Concilio Vaticano., Constit. de *Fide divina*, cap. 2, de *Fide et ratione* y el *Silabus*, prop. 10 y 14. Véase también nuestra *Lógica*, núm. 280.

la primera afirmación; pues la Iglesia ha establecido sobre esta controversia puntos y principios que prohíben sostener lo contrario. *Negamos* así mismo la menor del segundo aserto. Para nosotros es moralmente cierto que la Escritura y los Padres, al hablar de la formación del cuerpo humano, excluyen absolutamente el concurso de cualquiera causa, fuera de Dios, como ya lo hemos probado. En cuanto á la causa material, según el modo de hablar de los Padres y de la Biblia, no puede el lodo tomarse solamente como materia remota que por evolución lenta y gracias á la generación vital terminara en cuerpo humano, sino como materia próxima de la cual por la virtud divina salió el cuerpo humano hermosísimo y provisto de órganos. Si el hombre hubiera nacido por generación del mono ú otro animal en virtud de la evolución del limo, aun cooperando Dios con su concurso, los padres del hombre serían bestias y habría provenido del semen beluino. Tal sentido no puede adaptarse á las palabras de los Padres y de la Sagrada Escritura; sino que, atendida la significación dada ordinariamente á los vocablos, significa todo lo contrario. La última afirmación no tiene fuerza alguna. Los recientes descubrimientos paleontológicos permiten dar á los días genesianos una significación muy probable, ó á lo menos no falsa, y así lo creen muchísimos Teólogos gravísimos, ó cuando menos no lo impugnan. Mas en esta nuestra controversia, como ya lo hemos visto en el párrafo anterior, los argumentos en favor del origen beluino del hombre suministrados por esa pomposamente llamada *ciencia*, no son argumentos sino pura y necia charlatanería.

Pero se instará. 3.º Ninguna decisión eclesiástica ni texto alguno expreso de la Escritura condena el transformismo ó establece la acción inmediata de Dios solo; luego no puede con razón decirse que el origen beluino del hombre está en pugna con la doctrina eclesiástica.

La consecuencia es falsa. No se opone á la doctrina de la

Iglesia, ni debe, por tanto, rechazarse únicamente lo condenado con alguna decisión expresa ó por palabras terminantes y claras de la Escritura, ni conviene á un católico creer firmísimamente sólo los dogmas de fe, sino que debe abrazar también cuanto como consecuencia necesaria está unido á las cosas reveladas, ó de ellas por legítimo raciocinio se desprende. Por lo tanto, dígame ó no con la mayoría de los Teólogos que la doctrina sobre la creación inmediata del cuerpo humano por Dios pertenece á la fe; ciertamente, el dogma contrario del transformismo no puede estar acorde con el sentido obvio y filosófico de la Escritura, ni con el asentimiento tradicional de los Padres y Teólogos. Y á este propósito viene bien recordar la proposición 22 del *Syllabus*: «La obligación que absolutamente urge á los maestros y escritores católicos, se ciñe únicamente á los puntos propuestos como de fe por el juicio infalible de la Iglesia.» Y, puede suceder muy bien que una doctrina no sea herética y sin embargo no pueda sostenerse, y por eso la misma santa Iglesia tiene censuras para proposiciones no propiamente heréticas; v. gr., *próxima á la herejía, errónea, temeraria, escandalosa, ofensiva á los oídos piadosos*, etc.

Puede todavía objetar alguno. Si Dios pudo formar de lodo el cuerpo humano, pudo sin duda formarlo también del organismo ó germen de un animal. Y como Dios pudo servirse de los ángeles como de ministros ó instrumentos al formar á Adán, ¿por qué no pudo servirse de los animales para que, por la generación de los mismos y cooperando el concurso divino, saliera el cuerpo humano? Nadie dirá ser esto superior á la omnipotencia divina; luego no repugna haya procedido de un animal el cuerpo del primer hombre.

R. *Concedido* el primer miembro del *antecedente*, distinguiremos el segundo: pudo el cuerpo humano tener su principio por ministerio de los animales, por la generación cooperando el *curso ordinario de Dios*, niego; cooperando el *curso extraordinario* y milagroso, pase; y nega-

mos también la consecuencia. De dos maneras podemos considerar á Dios valiéndose del ministerio de los ángeles ó de los animales en la formación del cuerpo humano: primera, que los ángeles ó los animales obraran según su virtud natural, y Dios cooperara á su acción solamente con concurso ordinario cual lo necesitan las criaturas para producir los efectos propios de su virtud y perfección, y no pudo Dios formar de este modo el cuerpo humano por medio de los ángeles ó de los animales. Porque cuando Dios coopera á las causas segundas con concurso ordinario, se acomoda completamente á su condición, y no puede producir sino efectos proporcionados á la virtud de las mismas. Ahora bien; ni los ángeles ni los animales pueden con su natural fuerza formar el cuerpo humano. No los ángeles, pues el cuerpo humano no es un mero conjunto mecánico de átomos, sino verdadero compuesto natural orgánico, que no puede por lo mismo traer su existencia de una materia previa, sino transmutándose ésta; pero los ángeles no pueden cambiar ni alterar la materia exigida por la organización del cuerpo, como lo suponemos siguiendo la opinión común de los Teólogos. No los animales, porque los animales, al engendrar con su virtud natural, cambian, es cierto, y alteran la materia; pero la cambian en otra de la misma especie y no de especie superior. Para que mediante las causas segundas pueda hacerse algo más elevado y perfecto, debe, por consiguiente, una virtud más eficaz suplir la improporción y deficiencia de las criaturas. *La segunda manera* de servirse Dios del ministerio de los ángeles ó de los animales sería elevándolos como á instrumentos de su omnipotencia y echando mano de ellos para que influyeran, con la virtud divina, en la formación del cuerpo humano; y esta segunda manera, ciertamente, no parece lleve en sí repugnancia alguna; mas en realidad no hace al caso, pues no investigamos ahora lo que Dios *podía* absolutamente haber hecho sino lo que en efecto hizo; y esto nos consta

por la doctrina y enseñanza de la Iglesia. Por consiguiente, aunque Dios hubiera podido obrar como la propuesta dificultad supone, no fluye la consecuencia; la negamos, pues, y rechazamos el transformismo.

b) *Los transformistas quizá insten.* El argumento Aquiles, tomado de la Escritura y Santos Padres y empleado por nosotros para defender nuestra tesis, se funda en que Dios crió todos los seres con sola su palabra, exceptuado el hombre, á quien formó con sus propias manos. Pero este argumento nada vale; más, el mismo San Agustín lo rechaza. *Ni puede oírse, dice el Santo, lo que algunos piensan, que el hombre es la obra principal y más excelente de Dios, porque los otros seres dijo y fueron hechos, y al hombre lo hizo el mismo Dios, sino más bien porque lo hizo á su imagen (1)... luego...*

Hacemos caso omiso de la mayor y negamos la menor. Como ya lo hemos notado antes, aquel modo de hablar indica distinto modo de obrar. Y San Agustín nada dice en contra. Su opinión aparece bien clara en muchos pasajes de sus obras, y en el párrafo alegado no habla del modo cómo Dios formó al hombre; intenta únicamente probar que al hombre no le da la excelencia sobre los demás seres el haber sido formado por Dios con sus propias manos, sino el haber sido formado á imagen y semejanza del mismo Dios, lo cual es muy cierto y no está en oposición con la doctrina atribuida por nosotros á la santa Iglesia. La materia primera no pudo, pues, ser creada sino por Dios solo, inmediatamente, sin concurso de criatura alguna; y sin embargo, la materia primera es la obra más imperfecta de toda la creación.

6.º Según enseña el mismo San Agustín (2), replicará

(1) San Agustín, *de Genes. ad litter.*, lib. 6, cap. 12, núm. 21.

(2) San Agustín, «Credatur ergo, si nulla Scripturarum auctoritas seu veritatis ratio contradicit, hominem ita factum sexto die, ut corporis quidem humani ratio causalis in elementis mundi; anima vero iam ipsa crea-

alguien, el hombre, en cuanto al cuerpo, fué criado entre las obras de los seis días, conforme á las condiciones causales infundidas por Dios á la criatura corporal, y más tarde fué de hecho formado. Pero como lo que preexiste en una materia corporal segun sus condiciones causales, puede ser producido por alguna virtud corpórea, luego el cuerpo humano provino de alguna fuerza creada, por ejemplo, la generacion de un mono ú otro animal y no inmediatamente de Dios (1).

Santo Tomás dice, y sean sus palabras nuestra respuesta: *De dos modos existe una cosa en las criaturas segun sus condiciones causales; el uno, segun la fuerza activa y pasiva, de suerte que no sólo puede ser hecha de una materia preexistente, sino tambien que alguna criatura preexistente puede hacerlo; el otro modo, segun su potencia solamente pasiva, esto es, que pueda ser hecha por Dios de una materia preexistente, y de este modo, segun San Agustín, el cuerpo del hombre preexistió en las obras producidas conforme á las condiciones causales* (2). Y esa potencia puramente pasiva existente en la materia, con relacion al cuerpo humano fué únicamente potencia *obediencial* (3). Pues ántes de la formacion del hombre no habia en la materia sino una aptitud indiferente para recibir, por la virtud superior de Dios y sin alguna exigencia por parte de la misma materia, la organizacion propia del cuerpo humano; no es así la potencia pasiva inherente al gérmen humano para recibir el alma racional criada por Dios; pues esa potencia, como lleva en sí positiva disposicion y natural exigencia, no es *obediencial* sino natural, aunque no haya virtud ó fuerza alguna criada que pueda darle su acto, es decir, la

retur, sicut primitus conditus est dies, et creata lateret in operibus Dei, donec eam suo tempore sufflando, hoc est inspirando, formato ex limo corpori insereret.» S. August. *de Genes. ad litter.*, lib. 7, cap. 24.

(1) Santo Tomás, 1 p., quaest. 91, art. 2, argum. 3.

(2) Santo Tomás, 1 p., quaest. 91, art. 2, ad 3.^{um}

(3) Véase su descripcion en nuestra *Ontología*, núm. 215, pág. 650 y sig.

forma espiritual. El mismo San Agustín distingue perfectamente en la obra citada estas dos potencias pasivas, la natural y la obediencial (1).

ARTÍCULO III

EXAMÍNANSE LOS FUNDAMENTOS DEL TRANSFORMISMO TOMADO EN GENERAL

Método en tratar este punto.—Razon comun y esencia del transformismo; nada prueban sus argumentos.—1.^a prueba; su refutacion.—2.^a; no demuestra.—Diferencia entre los transformistas y algunos escolásticos que admiten la sucesion de varias formas en la evolucion embrional.—Tercer argumento transformista; nada prueba.—4.^o; su solucion.—5.^a, 6.^a y 7.^a; razones en pro del transformismo.—Respuesta.

Refutada ya la doctrina del transformismo sobre el origen del hombre, seria quizás más conforme al orden lógico exponer primero las formas particulares de evolucion ó transformacion inventadas por algunos sabios célebres, y pasar luego á discutir la esencia misma y el concepto general del sistema de *descendencia* y evolucion. Mas como cada forma en particular contiene en sí vicios y errores derivados de la naturaleza comun de la doctrina, creemos que ganará en claridad este pobre trabajo nuestro, si siguiendo un orden inverso, examinamos primero el transformismo mirándolo en su esencia general y naturaleza. Esta esencia y razon comun consiste en afirmar que todas las especies vivientes han nacido de una sola ó de unas pocas, por sucesivo cambio de las mismas, mediante la accion é influjo de las causas naturales. Y decimos *mediante la accion é influjo de las causas naturales*, porque no pretendemos pesar é impugnar la opinion que supusiera la transformacion de las especies verificada en un principio por una virtud ó fuerza

(1) *De Genes. ad litter.*, lib. 9, cap. 17, núm. 32.